



Finalista Certamen  
de literatura “Miguel Artigas”

## Carlos del Pozo Manzanares

Nací en Madrid un caluroso verano de 1963. Un cuarto de siglo después me licencié en Derecho y desde hace más de dos décadas vivo en Cataluña. Hace veinticinco años que publiqué mi primer libro, y desde entonces he ganado unos cuantos premios y publicado algunos libros. Todos ellos tienen para mí algo especial y los quiero sin distinción, como se quiere a los hijos, pero me gustan especialmente una novela sobre fútbol (*La vida que se cumplió*, 2002), otra dedicada al teatro aficionado (*Mercedes, el joven poeta y una comedia de Miguel Mihura*, 2006), un volumen de crónica periodística (*Los años del Abreviado*, 2007) y un libro de viajes (*Raíles sobre la mar*, 2008). Mi último libro publicado es *Lo que Pilar ha dicho* (2010), biografía novelada de la periodista aragonesa Pilar Narvi3n. Y en los primavera de 2011 ver3 la luz mi 3ltima novela, *Mudanzas y despedidas*, que ha sido distinguida con el Premio Internacional de Novela Encina de Oro por un jurado presidido por el acad3mico y escritor Luis Mateo D3ez.



# Caminos cruzados

Carlos del Pozo Manzanares

En aquella época yo viajaba mucho. Me pasaba semanas enteras metido en el coche. Y he de reconocer ahora que me gustaba mi trabajo bastante, y ello pese a saber con certeza que aquél era un empleo con un futuro bastante negro. Ya por entonces los chinos y los coreanos comenzaban a fabricar camisetas y polos estampados a un precio más bajo que el que a nosotros nos costaba esa misma prenda en blanco, sin estampar. El boom del *prontomoda* había durado media docena de años, tiempo durante el que todos fuimos muy felices y vendimos ingentes cantidades de género; pero ahora tocaba ir al particular entierro de ese modo de hacer las cosas; y aquellas mismas camisetas y blusas que en su día nos cautivaran gracias a su atrevida combinación de colores, sus patrones incontestablemente juveniles y unas texturas suaves que las hacían comodísimas para todo tipo de cuerpos, a los pocos años nos empezaron a parecer de escasa calidad, bastante anticuadas y, por qué no decirlo también, extraordinariamente feas.

A mí me solía adjudicar la empresa tres rutas diferentes. La primera era la del valle, que comenzaba a los pies del mismo y moría cuando lo hacían las cuatro revueltas de Magallón. La segunda ruta era la de la montaña, y en la mayor parte de las ocasiones la ocupaba un triángulo que iba desde el Pico Favero al Pico de la Estrada pasando por el Alto del Pedregal, incluyendo a lo largo de su trayecto tanto Valdetremeras y el monte de San Isacio como la Peña Trabancaza. La tercera, por último, era la de la Sierra Noble, que ocupaba toda la comarca del Zanjadilla, algunos pueblos de la del Parejón, Sotoestrecho y Valmedina de Ribón. Era la que más me gustaba recorrer con el coche

y la que más frecuenté en aquellos últimos años. Unos años que terminaron cuando la empresa, después de que cerraran sus puertas todas las fábricas catalanas que nos abastecían de género, de Mataró y Sabadell en su mayoría, acabó cerrando también.

Me gustaba ir bordeando aquellas dehesas donde pastaban toros y vacas, mientras en el radio-cassette del coche sonaba alguna pieza de piano de Chopin o Granados. Era como si el mundo, con su habitual ruido y desorden, recuperara en aquellos páramos su lógica natural de solaz y quietud. Iba deteniéndome en aquellos pueblos cada vez más olvidados, Jarillo de Vastuerna, Berrocal de Parejón, Medianilla, Madueño; y en sus humildes tiendas de confecciones exhibía los nuevos catálogos, entregaba los pedidos previamente comprometidos el mes anterior y pegaba la hebra con los dueños, gentes cercanas a la jubilación que soñaban secretamente con cumplir sesenta y cinco años para traspasar el negocio y, como ellos mismos decían, comenzar a gozar de la vida.

Resulta algo difuso el recuerdo de la primera vez que vi a Silvino Castresana Madrazo, *El Pasiago*. Por más que intento reconstruirlo no consigo recordar si fue en el cruce de la carretera que iba de Berrocal a Madueño, cerca de la fábrica de harinas *La Berroquense*; o si en realidad sucedió entrando a Medianilla, cuando la carretera se ensancha un poco y hay ese cartel donde se predica el hermanamiento de ese pueblo con otro -de impronunciable nombre, por cierto- perteneciente al departamento francés de Las Landas. El caso es que allí estaba él, *El Pasiago*, luciendo su traje de tabaco y oro embutido en su escuálido cuerpo, con la mano izquierda extendida sobre la cintura y la derecha asegurando la muleta y la espada plegadas. No daba la impresión de ir haciendo auto-stop, pero tampoco de encontrarse esperando a alguien. Me detuve a su altura y, bajando la ventanilla del

copiloto, le pregunté si iba a algún sitio. Me respondió con el mismo tono y similar modulación a como lo haría en el resto de ocasiones que le recogí, que no serían pocas:

–Hoy tenemos intención de ir a Jarandilla ¿Lo conoce?

–Cómo no. Suba, por favor.

Ese primer día apenas intercambiamos unas cuantas palabras deslavazadas. Bastante tuve con lanzar furtivas miradas a través del espejo retrovisor -él se empeñó en ocupar el asiento de atrás- que me revelaron la impecable limpieza de su montera, el inmaculado blanco de la camisa, sobre cuyo cuello descansaba un escapulario del Apóstol Santiago, aunque lo más curioso del conjunto fuese cómo aquél individuo seguía empuñando con verdadera tenacidad la muleta y la espada. Cuando se apeó del coche a la entrada de Jarandilla, pensé que jamás volvería a cruzarme más con un tipo tan peculiar.

La siguiente ocasión tuvo lugar cinco días después. Yo me dirigía hacia Cuetos de Zanjadilla y a él, *El Pasiago*, según me dijo, lo esperaban en Cadalso de las Tinajas. Lucía de nuevo su impecable traje de tabaco y oro con el escapulario descansando sobre el corbatín, refulgía su pulcra montera y apuñaba con su mano derecha muleta y espada. Esta vez fue él quien desde un principio alentó la charla haciéndome preguntas acerca de mi trabajo. Le expliqué que era viajante de comercio, revelé el nombre de la empresa para la que trabajaba y describí con cierta profusión las tres rutas que solía hacer por la provincia. *El Pasiago* me dijo entonces que mi trabajo también tenía sus riesgos, pero no terminó de especificar a lo que en realidad se dedicaba él.

De la tercera ocasión en que vi a Silvino Castresana Madrazo, *El Pasiago*, conservo una memoria casi fotográfica. Le recogí a los pies del Monte de San Isacio, cerca del pantano de la Polvorosa, en plena ruta de la montaña; y entonces, sí, el hombre se arrancó a confesarme que, en tiempos había sido matador de toros, y que le cupo el honor de tomar la alternativa junto a Paco Camino y Diego Puerta, el primero como padrino y el segundo de testigo, en la plaza de los Cuatro Caminos de Santander, de donde era oriundo. También comentó que había tenido un par de campañas exitosas en América y que se había tenido que retirar prematuramente de los cosos profesionales por culpa de una severa lesión de clavícula que le había dejado como tarjeta de visita la cogida de una res de Torrestrella en la Plaza de Vinaroz. Cuando ya me había animado a preguntarle a lo que se dedicaba en la actualidad, me rogó que le basculara a la entrada de Torrebejares. Siempre pedía bajarse del coche a las entradas de los pueblos. Ni siquiera cuando yo me veía obligado a atravesar aquellas poblaciones, la mayoría carentes de cualquier tipo de circunvalación, aceptaba que le acercase hasta su casco histórico. Prefería caminar un poco porque, como él decía, si no caminaba, su clavícula, *la muy puta*, acababa llamándole la atención.

La siguiente vez que lo recogí, y ante la insistencia de mis preguntas, reconoció que vivía de la lidia pero alejado de los ruedos. *Soy un trabajador más de la tauromaquia*, aclaró. Fue tan rotundo en lo inconcreto de su respuesta que no me atreví entonces a abundar en más detalles. Pero en nuestro nuevo encuentro de tres días después ya no me retraje, porque si él estaba en condiciones de interrogarme acerca de los porcentajes que me llevaba por cada prenda vendida o de las dietas por kilómetro que me abonaba la empresa, yo creo que también era merecedor de algún detalle, por nimio que resultara, acerca de sus verdaderas ocupaciones. Es entonces cuando me explicó que solía acudir a festivales o becerradas privadas que se celebraban en tentaderos de fincas de la zona

y en los que era contratado por los propietarios de esas fincas para darles unos pases a novillos previamente desechados para la lidia. Lo contaba con cierta resignación y no poca melancolía. Hasta daba un poco de pena.

Tampoco es que uno atravesara por entonces su mejor época. La primera vez que me crucé con Palito Ortega comencé a comprender que a mi oficio de viajante le quedaban pocas estaciones. Palito Ortega no se llamaba así, sino Iván Menchaca. Era un muchacho de unos veinticinco años que lucía trajes caros de color azul marino y gastaba colonias de marca, camisas modernas con el cuello de diferente color y corbatas de seda italianas. Yo le llamaba Palito Ortega porque se daba un cierto aire con aquél cantante argentino que triunfara hace ya bastantes años: delgado, chupado de cara, con la tez blanca atestada de espinillas y un rostro de sacristán de pueblo inmundo. Representaba a una multinacional de la moda que trabajaba directamente con los chinos y los coreanos e importaba las piezas a España sin ninguna clase de intermediarios. Y que, como es lógico, vendía a las tiendas mucho más barato que nosotros o que cualquier otra firma.

La primera vez que nos vimos fue en *Confecciones Urbano*, en Cadafresno de Parejón. Ya hacía tiempo que yo andaba con la mosca detrás de la oreja con Urbano Mustieles, el dueño de la tienda. Cada vez me ponía más pegas en los pedidos, me pagaba más tarde y, además, cada vez me compraba menos. Últimamente sólo ropa interior de mujer. De ahí que mi enfado resultara superior cuando entré aquella tarde en la tienda y vi a Palito Ortega enseñarle a Urbano unos muestrarios de ropa interior. Entonces comprendí todo. Urbano estaba muy nervioso y emplazó al jovencuelo para examinar el muestrario otro día. El muchacho se largó, aunque consciente de que acababa de ganarme por la mano la partida casi sin levantar sus cartas. El bueno de Mustieles me llevó a la trastienda

y, casi sollozando, me explicó que las cosas estaban cada vez peores, que los beneficios eran cada día más exiguos y que las recaudaciones apenas le alcanzaban para cubrir gastos. Pero sobre todo confesó que los de *Hispanoda* -así se llamaba la multinacional ésa- ofrecían todo su género a unos precios muy ajustados que resultaban casi imposibles de rechazar. Ya no volví a poner los pies en Cadafresno.

Tras todo un invierno sin noticias de *El Pasiago*, con la llegada del buen tiempo volví a encontrármelo por los cruces y las revueltas de mi ruta de la Sierra Noble. Me explicó que con la llegada del frío se trasladaba a un pueblo cercano a Jerez, a vivir en la finca de un conocido en donde se cuidaba de la ganadería, un hierro bastante conocido en el mundillo taurino, al tiempo que los fines de semana actuaba en algunos festivales y monterías. Mi reencuentro con *El Pasiago* fue ciertamente feliz, ya que parecía como si los meses sin frecuentarnos hubiesen incrementado la camaradería entre nosotros. No resultaba raro en aquellos encuentros que me explicara gloriosas faenas de su época de matador de toros profesional, como su salida a hombros por la puerta grande de las plazas de Quito o Cartagena de Indias, sus dos orejas en la Maestranza de Sevilla una tarde de mucho calor en la que se derretía el albero, o un mano a mano con Victorinos en la Semana Grande de San Sebastián junto al gran Palomo Linares. Cuando hablaba de diestros famosos solía referirse a ellos con una suave melancolía que adobaba con cierto desdén, como si aquella maldita clavícula no le hubiese permitido competir con ellos en igualdad de condiciones, como si ellos hubieran llegado a lo más alto y permanecieran en el recuerdo de los aficionados gracias a una caprichosa suerte que a él se le había negado. Eran aquellas, no obstante, historias hermosas que las modulaciones cántabras de su habla engrandecían colocándola a la altura de los relatos más legendarios.



Pero las cosas en la empresa iban de mal en peor. Un día nos reunió el delegado sindical de la provincia y nos anunció que el consejo directivo de la firma tenía pensado presentar ante la Dirección de Trabajo un expediente de regulación de empleo que provocaría la salida a la calle de la mitad de la plantilla. Estaba ocurriendo igual en el resto de provincias, con la particularidad de que los primeros que saltaban en todas las sucursales éramos los comerciales que hacíamos las rutas en coche. No quise decir nada en casa para no preocupar a mi mujer, pero el panorama no era nada halagüeño; acababa de nacer nuestro tercer hijo y el mercado laboral no solía por entonces -hoy mucho menos- promocionar el empleo de los que frisaban la cuarentena como yo.

Con Palito Ortega tuve un par de enfrentamientos importantes entonces. Pensar en la regulación de empleo de la empresa y verle exhibiendo sus modernos catálogos a los que hasta ese momento habían sido mis fieles clientes, bueno, aquello constituía una mezcla altamente peligrosa. Mucho más cuando su forma de trabajar se caracterizaba por una agresividad casi gratuita -que por el contrario le rendía sanos dividendos- y que incluía ridiculizar nuestros productos diciendo que ya no se llevaban ni en las aldeas del Cáucaso. En Cistierna de Zanjadilla le lancé una bofetada que no le llegó a impactar porque se interpuso entre nosotros Cleto Viniegra, el dueño de *Novedades Viniegra*, quien apesadumbrado dijo que, en cuarenta años de oficio, era la primera vez que contemplaba una discusión entre viajantes. En Valmedina de Ribón, la disputa fue tan sólo verbal, pero muy agria. Acusé a Palito de ir jugando con el pan de mis hijos y él opuso como única respuesta que lo que tenía que hacer mi empresa era reconocer de una vez por todas que estábamos en los albores del siglo veintiuno. Sí, dijo eso, y añadió no sé qué de la economía global que ya ni escuché porque les dejé a él y al tendero con la palabra en la boca, dando un portazo y marchándome.

Por eso, escuchar de vez en cuando las hermosas historias de *El Pasiago* era lo único que llenaba mis horas de angustia laboral. Sabía que con lo que se vendía y apalabraba por aquellos pueblos de la Sierra Noble, los balances de la empresa estaban heridos de muerte, como esos morlacos a los que *El Pasiago* nunca llegaría a matar, aunque confiaba que los resultados de otros compañeros fuesen mejores y lograran equilibrar las pérdidas. Con *El Pasiago* hablábamos de asuntos varios siempre relacionados con la lidia: los diestros actuales, cómo le había ido la última becerrada, las novedades de antiguos compañeros de cartel. Le afectaba mucho tener noticias de algún torero que había acabado arruinado por el alcohol o las mujeres, o consumido por alguna fatídica enfermedad. Siempre decía: *Dios mío, con lo que fue en tiempos fulanito*. Y a beneficio de inventario solía rematar: *Suerte que yo, mal que bien, me sigo ganando la vida con la tauromaquia*. Pero era un primor escucharle hablar de los nuevos diestros y ensalzar su valentía a la hora de ocupar el redondel, de la renovación de las suertes, sus quejas hacia los ganaderos por las malas presentaciones; y, de vez en cuando, la evocación de alguna gloriosa faena por él protagonizada. Todo ello sin dejar de apuñar la muleta y la espada, con su escuálido cuerpo hundido en el asiento trasero de mi automóvil.

La última vez que vi a Silvino Castresana Madrazo, *El Pasiago*, sería a la postre el mismo día que el delegado sindical me confirmó que mi nombre formaba parte de la lista de despedidos en el expediente de regulación de empleo. Había unos problemas con un género vendido en Valdetremeras, en la ruta de la montaña, y llamé a la central a ver qué me decían. Lo que me dijeron es que contactara urgentemente con sindicatos. Ya desde hacía tiempo, cada vez que me hacía a la carretera, al encender la llave de contacto del coche pensaba que aquella bien podía ser mi última ruta. Por lo tanto, ya estaba preparado.

Aquella mañana, cuando puse en marcha el coche pensé: bien, finalmente, esta sí que es la última. Había una extraña niebla sobre el horizonte, y como comenzaba octubre, pensé que ya ni podría despedirme de *El Pasiago*, pues dada la época del año lo hacía ya en Jerez. Me dirigía a Madueño a hacer mi última entrega, cuando, cerca de la gasolinera de Medianilla, me lo encontré con su apostura habitual, erguido sobre un altillo de la carretera. Me dio una gran alegría verle y me comentó que, en efecto, se disponía a torear su última becerrada antes de irse a Jerez porque se lo habían pedido unos propietarios que acudían a su finca todo el puente de El Pilar, gente muy importante, políticos o así. No le comenté nada de mi despido ni de que esa, tal vez, fuese la última vez que nos veríamos. Silvino estaba más charlatán que nunca y disimulé como pude mi dolor interior. Al bascularle a la entrada de Vozmediano de Parejón, hice algo que no había hecho nunca. Me bajé del coche, estreché su mano, me fundí con él en un abrazo y le emplacé hasta el año siguiente, muy consciente de que ya no nos volveríamos a ver.

Cuando enfilé la carretera de Madueño y estaba a punto de llegar a mi destino, giré la cabeza hacia el asiento de atrás, tal vez para corroborar el vacío dejado por *El Pasiago*, pero lo que me encontré fue el escapulario de Silvino Castresana dormitando sobre el asiento. Pegué un frenazo de mil demonios, y ayudado por el escaso arcén, rehice el camino para retornar a Vozmediano. Los toreadores, sabido es que son gente muy religiosa, a la par que seres bastante supersticiosos, con lo que pensé que, si *El Pasiago* se enfrentaba a aquellas becerras sin su escapulario del Apóstol Santiago sobre el pecho, podría tener algún percance. Sabía, porque él me lo había dicho, que los que organizaban los festivales solían recogerle en las plazas de los pueblos, frente a sus ayuntamientos, y de ese modo me dirigí al casco histórico de Vozmediano. Aparqué el coche a unos metros de la plaza Mayor y, con cierta sorpresa, pude ver también aparcado el coche de Palito Ortega. Supuse

que estaba allí para llevarle género al de *Manufacturas Rueda*, el cual, por cierto, hacía algunos meses que ya no me hacía pedidos. Durante unos segundos barajé la posibilidad de rajarse las cuatro ruedas al coche de Palito, pero el escapulario de *El Pasiago* que apuñaba en mi mano acabó por hacerme comprender que uno estaba allí para otra cosa. Nada más entrar en la plaza Mayor vi a *El Pasiago* bajo uno de los soportales de la misma, alzado sobre una caja vacía de botellas de cerveza y erguido, con su muleta y su espada plegadas. A sus pies había un cubilete donde los viandantes, sobre todo turistas extranjeros ávidos de conocer pueblos pintorescos, iban dejando sus monedas. *El Pasiago* apuñaba la muleta y la espada como solía hacerlo en los viajes en mi coche. Al rato vi que se acercaba Palito Ortega, quien, como muchos graciosos, le lanzaba puñetazos al aire intentando sacar de su mutismo al mimo. Tras desistir de ello, el joven viajante dejó unas monedas sobre el cubilete y se marchó del lugar, seguramente hacia la tienda de *Manufacturas Rueda*. En ese momento sentí como si mi vida acabara de cumplir uno de sus ciclos, tal vez uno de los últimos; y apuñando el escapulario dejé aquella plaza Mayor.

Cuando puse la llave de contacto en el coche, supe que ya no iría a Madueño a hacer aquella última entrega. Decidí regresar a casa, y al salir de aquél pueblo mortecino y espectral, navegando entre la densa niebla, supuse que el camino de vuelta que me esperaba resultaría muy, pero que muy largo.



